

METAFISICA Y ECONOMIA

Por GERMAN BERNACER

Catedrático

Jefe del Servicio de Estudios del Banco de España

Un artículo mío de hace unos meses en esta misma Revista (1) suscitó a la sazón varios comentarios y cartas, en que, al margen de algún elogio, se me reconvenía un poco por mi enemiga contra la Metafísica. Temas de mayor momento me impidieron ocuparme entonces de este asunto, no ciertamente por juzgarlo baladí, sino antes bien porque su condición eterna le da una perenne actualidad. Hora es ya de que, en el estiaje del trabajo, volvamos a nuestro molino éste trigo que dejamos por moler.

Yo no he dicho en ninguna parte que sea enemigo de la Metafísica. Ni ¿cómo lo voy a ser, si creo que la Metafísica es un artículo de primera necesidad, quizás después del pan el más necesario? ¿Pues no vemos que apenas el hombre tiene mal cubiertas sus necesidades elementales, a falta de una revelación verdadera, se apresura a crear una teogonía más o menos pueril como una necesidad inaplazable del espíritu? ¿Y qué es esto, sino una manera de satisfacer de algún modo un hambre imperiosa de su alma? Según Luis Lavel, la Teología sería la Metafísica de la Religión. Y en este sentido amplísimo del concepto todos somos más o menos metafísicos—hasta los epicúreos, si quiera su Metafísica sea una nuez fallida—, porque todos necesitamos buscar un sentido a nuestra vida, que nos dé fe en nuestros destinos y vigor en nuestras acciones. Combatir, pues, la Metafísica, si por Metafísica entendemos esa comunión con lo absoluto y eterno, sería entablar la lucha de un pigmeo contra una montaña.

Mas una lectura atenta de aquel trabajo mío de referencia pondrá de manifiesto a cualquiera que no hay en todo él un solo ataque a la Metafísica, sino contra los que la usan a deshora, y, particularmente, contra los razonamientos de tipo metafísico aplicados a conocimientos objetivos, como los de la Economía por ejemplo, que nada tienen que ver con tan altas elucubraciones del espíritu.

A menudo hablo también contra el materialismo, y no es probable que yo, profesor de Física y enredado comúnmente con los problemas crematísticos, es decir, familiarizado con los dos aspectos más materiales del mundo: el de la materia que llamamos real y el de aquellas cosas que, por afectar al bolsillo, se suelen llamar figuradamente materiales, por oposición a las más ideales del alma, quiera desconocer, combatiendo al materialismo, los derechos imprescriptibles de una realidad que nos ata indeclinablemente al bajo mundo. Contra lo que yo evidentemente me produzco es contra la indebida aplicación de un criterio exclusiva y fundamentalmente materialista a juzgar de la vida y de sus aspectos, que son múltiples, convencido de que no podrá alcanzarse una imagen verdadera de ella sin considerar la infinita variedad de facetas que el espíritu humano ofrece, y con ellas la vida, obra de ese espíritu, y la historia, hija de la vida, aunque a veces se la llame su maestra, yo creo que un poco injustificadamente.

Tan erróneo es presentar una imagen exclusivamente romántica y heroica de la vida y de la Historia, cual reducirla a un puro y seco materialismo. Una y otra cosa

son tendenciosas, y a veces, además de erróneas, fruto de una intención aviesa, que procura hacer a los demás más fáciles instrumentos de concupiscencias y ambiciones.

Unos, hablando de ideales a los otros, quizás esperan que éstos les dejen disfrutar mejor de las materialidades del mundo y tocar a más parte. Los otros, dirigiendo la atención hacia los aspectos inferiores de la vida, que son los más al alcance del vulgo, esperan, seduciéndolo, empuñar ellos más fácilmente el timón. Si queremos aproximarnos un poco a la verdad, aluguémosnos a quienes prediquen más desinteresadamente.

En suma, yo no pretendo negar la Metafísica, al igual que no pretendo negar la materia cuando hablo contra el materialismo. Lo que combató, en uno y otro caso, es el vicio de aplicar al examen de los problemas de la Economía métodos que son impropios de esta ciencia; los unos, por falsearla, no mirando más que un aspecto de la realidad; los otros, por no tratarla cual una ciencia positiva que es.

La Economía, que tiene un extremo sumido en las materialidades de la vida, toca por su otro extremo las sublimidades de lo moral. Es esencialmente una ciencia ética y puente de unión entre lo físico, lo fisiológico, y lo puramente anímico, ya que, con todas las sublimidades del espíritu, no dejamos de ser seres materiales, y el *primum vivere* nos impone la subordinación a lo físico para que sea posible la mera existencia, sin la que todo lo demás huelga.

Un profesor de Economía me decía una vez mucho que acaso era el único catedrático del mundo que no creía que su ciencia fuese «la más importante asignatura de la carrera»; antes bien, había perdido su primera fe en ella, pues tiene que conceder la primacía a las cuestiones morales, que relegan la Economía a un plano muy secundario.

A mí me parece ésta una posición tan discutible en Filosofía social como la del materialista: uno y otro, el materialista y el moralista, se empeñan en no ver más que un aspecto del espíritu humano y prescindir de lo demás, con lo cual no se llega a ningún resultado práctico. El problema del hombre hay que resolverlo considerándolo en conjunto. Las separaciones son buenas para el estudio particular de los problemas, dada la limitación de nuestra mente, siempre que no se haga una ablación absoluta del resto, pero al aplicar las consecuencias, es necesario sintetizar, integrar las soluciones parciales. Quizás en esto reside lo difícil de la política, de la política económica como de cualquier otra, y, especialmente, de la Política sin calificativos.

Si la finalidad de la Economía fuera enseñar la manera de enriquecerse (Smith tituló todavía su libro «La Riqueza de las Naciones»), la Economía sería una pobre ciencia, la *dismal science* de Carlyle; más bien habría que reputarla un arte, y no un bello arte por cierto. Pero el concepto de la ciencia económica ha evolucionado mucho; hoy se habla más bien del bienestar de los pueblos. Si la Economía puede interesarnos, es tan sólo en cuanto nos permita entrever la posibilidad de un régimen de armonía de intereses, no obstante los instintos primarios del hombre. Si el profesor de mi historia no atisbaba esto, se

comprende su desencanto de la disciplina que tenía que enseñar, su desencanto de eso y de todo, pues si hemos de seguir siempre disputándonos el dinero, los bienes, los destinos, si los hombres hubieran de vivir eternamente a la caza del lucro, del enchufe y la sinecura, menguado sería el progreso moral que podríamos esperar, progreso moral que es al fin y al cabo el único progreso estimable de verdad, sin el cual la vida apenas merece ser vivida.

Ni la finalidad del hombre, ni, por tanto, la de la Economía, puede ser la consecución de la riqueza. Y no es esta una opinión mía de ahora. Mi primera obra impresa, en 1915, comenzada en 1905, era una obra fundamentalmente económica, y, sin embargo, llevaba el significativo título, que entonces sorprendió a muchos, de «Sociedad y Felicidad», y el subtítulo de «Ensayo de Mecánica social», con lo cual se denotaba que no es la codicia la fuerza que mueve a los hombres. Los hombres buscan la felicidad, esa es su única finalidad racional y sentimental. Si muchos se afanan tras el dinero, es porque simbolizan en el dinero la felicidad, y esa es una perversión de origen económico, cuyos motivos la Economía tiene por misión fundamental indagar, indagar cómo se ha producido esa supervaloración de la riqueza, y, en particular, del dinero, que es su suma expresión, indagar sus causas para suprimirlas, y por tal modo desvanecer esa aberración moral y polarizar las energías del hombre en un sentido que, siendo más racional, será al mismo tiempo más noble, más humano y más honorable. De todos modos, lo que el hombre busca en el dinero, si quiera sea engañosamente, y en todas las demás cosas que apetece, es la dicha. Y la dicha es un bien moral.

Pero si la Economía no puede tener más que una finalidad moral, ello no obsta para que, por múltiples conceptos, sean totalmente distintas Moral y Economía. La Economía es conocimiento, la Moral es acción, la Economía maneja conceptos y habla al entendimiento, la Moral maneja sentimientos y habla a la voluntad, la Economía es ciencia, la Moral es conciencia. Toda la ciencia de la Moral se encierra en un libro muy pequeño, y que no admite ediciones revisadas y ampliadas: el Catecismo, y en particular en el Decálogo y en el sermón de la Montaña; lo demás pertenece al corazón. La Economía tiene una técnica que puede ser perfeccionada; la Moral no tiene técnica, ni cabe en ella investigación ni progreso. Su único problema sería cómo se ha formado la conciencia, mas eso es ya un problema metafísico.

No quiere decir esto que se excluyan una a otra por esas diferencias; al contrario, por ellas se complementan. La una, la Economía, puede, debe, construir el armazón para que se cumplan socialmente los ideales perennes y nunca realizados de la Moral, la cual suministra de este modo a la Economía su punto de mira.

El interés de distinguir estas dos cosas: la Economía y la Moral, que equivale a discernir entre dos zonas del espíritu: el saber y el querer, no es de orden puramente especulativo; tiene la mayor transcendencia práctica. El vulgo tiende a confundir a veces los problemas económicos con problemas morales, y de ahí dimanan casi todas

(1) Valor. (ECONOMIA, 15 de noviembre de 1941, pág. 5).

las revoluciones sangrientas. Las masas creen fácilmente que es por mala voluntad de los poderosos por lo que no se las redime de sus miserias; no comprenden que haya problemas técnicos que no puedan resolverse, ni aun con la mejor voluntad, en tanto no se investiguen. Y esto no les ocurre sólo a las masas; les ha ocurrido también a muchos gobernantes novatos, que creían solucionar las cosas en cuanto aplicasen desde una poltrona los tópicos de café o de Ateneo. A nadie se le ocurre hacer una revolución porque no se saquen del fondo del mar los tesoros que indudablemente están allí escondidos. Todos comprenden que hay para eso dificultades que no se pueden resolver ni con la mejor voluntad. En cambio, si se trata del paro o de la miseria de las masas, fácilmente se achaca la culpa a los ricos, a los curas o a los gobernantes, sin comprender que hay implicados en ello problemas quizás más difíciles que los de la Ingeniería, problemas que hay que solucionar como los otros, en el gabinete de estudio. Y si se resolvieran, y yo creo que pueden resolverse, ¿qué progreso no fuera!, ¿qué conquista moral más grande, por ejemplo, que todo hombre pudiese cumplir el más alto y sintético código de moral económico que se haya dado jamás en el mundo, de ganar el pan con el sudor de su frente! El paro forzoso no es sólo un absurdo económico, sino el hecho más inmoral que pueda darse en una sociedad, padre de otras muchas corrupciones.

Sólo que eso no depende de la buena voluntad. La buena voluntad puede hacer mucho, puede dar a los hombres la paz en la tierra y la gloria en el cielo, puede mitigar por la caridad numerosos males; en cuanto a la solución de los problemas de tipo técnico, no puede hacer más que poner su esfuerzo desinteresado y cordial en estudiarlos, que no es poco.

Empero es que también entre los que no son plebe existen muchas confusiones morales. ¿A cuántos hombres que dicen tener una gran preocupación moral, los vemos bien aferrados a sus prebendas, atentos a granjear cualquier lucro, clientes de camarillas, entregadas a un *do ut des* sin escrúpulos, en vez de aplicar su esfuerzo libre a una labor altruista y generosa. Tales gentes no padecen ninguna preocupación moral, aunque lo digan, a menos que tengan su conciencia en el estómago y en los sentidos donde hay más pecado. Son epicúreos descarados o simples codiciosos, soberbios con afán de propotencia, huéspedes presuntos de todos los círculos del infierno dantesco.

Para el estudio desinteresado, como para la guerra, como para todo acto humano que envuelve entrega y abandono de sí mismo, se necesita comulgar en algún ideal, sentirse corroborado por una fuerza interna ajena a las exclusivas reacciones bestiales de los instintos primitivos más o menos disfrazados. Y ese sentido trascendente de la vida sólo lo pueden dar una Religión, una Filosofía o, si se quiere, una Metafísica.